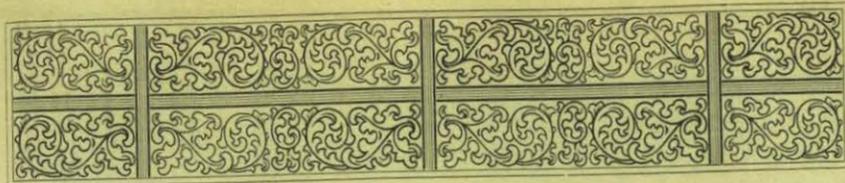


D. Mariano Matamoros.



*Carlos Jiménez*

## PREÁMBULO.

Cuanto más admiraba la honorabilidad, honradez y energía de Matamoros, sus dotes administrativas, su actividad y acierto para organizar, instruir y disciplinar sus tropas, cual ningún otro insurgente supo hacerlo, así como su valor sereno y sus hechos heroicos, tanto más aumentaban mis deseos de conocer algunos antecedentes de ese ilustre mártir de nuestra Independencia, que entre todas sus glorias tuvo la de haber sido segundo en jefe del gran General Don José María Morelos; pero ningún historiador da luz alguna sobre el nacimiento, patria y prosapia del héroe, y todos ellos, copiando á Alamán, comienzan su biografía desde el 16 de Diciembre de 1811, en que Matamoros se le presentó á Morelos en Izúcar. Aun han sido pocos los que, saliendo de ese cartabón, han copiado la noticia que nos da Bustamante de que Matamoros hizo sus estudios en el colegio de Tlatelolco. Sus mismos biógrafos, que podían estar mejor informados, nada nuevo nos dicen y ellos mismos se lamentan de que las tinieblas que envuelven los antecedentes del héroe, no les hayan permitido siquiera descubrir qué Estado, qué ciudad ó qué lugar puede gloriarse de haber sido la patria del heroico cura de Jantetelco, y tan sólo en algunos artículos de periódicos es en donde he leído algunas veces que Matamoros, según unos, fué michoacano, según otros, poblano, y otros han dicho que nació en Tlaxcala, y hasta han señalado un pueblo de aquel Estado en donde, según dicen, se mecía su cuna.

En vista de esta falta de noticias serias y fidedignas, emprendí indagaciones por mi propia cuenta y registré algunos archivos, entre otros, los de Puebla, pero sin ningún resultado; mas no por esto me dí por vencido: lejos de esto, seguí mis investigaciones con todo empeño y con

la esperanza, aunque remota, de encontrar algún día las noticias del héroe que perseguía.

A la vez que yo hacía estas indagaciones, emprendía trabajos análogos el conocido erudito y sabio arqueólogo Sr. Lic. D. Cecilio A. Robelo, actual Director del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, quien también, como yo, registró los archivos de Puebla y otros varios; pero todas sus pesquisas fueron infructuosas, y entonces, siendo como es, justo apreciador de los méritos del héroe, y entusiasta admirador de sus renombradas hazañas, siendo Magistrado del Tribunal Superior inició ante el Congreso del Estado de Morelos, un proyecto de ley por el que el Estado de Morelos adoptara como hijo benemérito al heroico caudillo de la Independencia, D. Mariano Matamoros, cuyo proyecto fué aprobado por la Legislatura, y elevado á la categoría de ley, se promulgó el 9 de Mayo de 1888, á la vez que se le erigía un monumento en Jantetelco al ilustre caudillo, el que se inauguró el 5 de Enero del siguiente año de 1889, y el cual se debió también á iniciativa del señor Robelo, según se desprende del telegrama que le dirigió el Sr. Gobernador Preciado el día de la inauguración, el que á la letra dice: «Sr. Lic. Cecilio A. Robelo.—En medio del mayor entusiasmo, se descubrió solemnemente á las 10 de la mañana, el monumento consagrado á Matamoros.—Con positiva satisfacción lo felicito por este suceso, que la iniciativa de Ud. preparó y que el Gobierno de mi cargo ha realizado con la Patriótica y distinguida colaboración de Ud.—Je-sús H. Preciado.»

Entretanto que el señor Robelo satisfacía sus patrióticos deseos, honrando la memoria de Matamoros, yo, por mi parte, é ignorante de sus trabajos, seguía mis investigaciones; pero éstas fueron por mucho tiempo completamente infructuosas, hasta que al fin vino á ocurrírseme una idea, que debió haber sido la primera que se me ocurriera, y ésta fué que, habiendo sido sacerdote Matamoros, era de rigor, según las leyes de su época, el que hubiera recibido algún grado universitario, aunque sólo hubiera sido el de bachiller en *Artes*, y por lo mismo, era en los libros de la extinguida Universidad en donde podría encontrar algún rayo de luz que alumbrara el camino de mis investigaciones, y con esa convicción, registré los libros en que se asentaban los grados de bachilleres en *Artes*, y en el correspondiente á los años de 1770 á 1794, me encontré un asiento por el que consta que Matamoros recibió el grado de Bachiller en *Artes* en 26 de Agosto de 1786, y que presentó fe de bautismo, con la que comprobó ser hijo legítimo de español y natural de México, y en el libro de bachilleres en Teología, que comprende del año de 1776 al de 1810, encontré otro asiento que comprueba que Matamoros recibió el grado de Bachiller en Teología el 26 de Octubre de 1789, y que presentó sus certificados de ser natural de México y colegial de Tlatelolco. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véanse adelante las copias íntegras de estos asientos.

LÁM. 4.



Sra. María de la Luz Aranda Matamoros é Ibellez.  
Bisnieta del Cura Matamoros.



Srita. Ángela Salazar y su sobrina la Sra. Josefina Salazar  
y Aranda Matamoros.

En posesión ya de estos datos principales, fácil me fué encauzar mis investigaciones sobre una senda firme y segura, puesto que sabiendo que Matamoros había sido originario de México, en los archivos existentes en esta ciudad era en donde podía encontrar, probablemente, las noticias que buscaba, y aun concebí la esperanza de poder encontrar-me con algún descendiente de la familia Matamoros, que pudiera conservar algunas tradiciones ó documentos de familia, con los cuales pudiera aclararse el misterio que durante un siglo ha envuelto la patria y la prosapia del héroe.

Todo era ya cuestión de constancia, paciencia y tiempo.

En efecto, pasó algún tiempo, y un día me encontré con la Sra. Josefina Salazar y Aranda Matamoros, bisnieta de Matamoros, y ella me proporcionó algunos datos interesantes de la familia y se prestó gustosa á ayudarme en mis trabajos, y al efecto, me presentó con sus primas hermanas las Sras. Luz y Concepción Aranda y Matamoros, quienes me pusieron al corriente de muchos datos genealógicos de la familia; me facilitaron retratos, un árbol genealógico de la familia Aranda Matamoros y algunos otros documentos.

Luego me presentó Josefina con su tía la Srita. Angela Salazar y Rujano, sobrina segunda de Matamoros por la línea materna y la más anciana de los supervivientes de la familia, pues cuenta actualmente noventa años de edad, los que cumplió el 3 de Agosto último de este año de 1911, y es también sobrina carnal de Da. Catalina, la que fué amante de Matamoros y en quien éste tuvo á su hija Benita, de la que á su tiempo hablaré.

Da. Angela, como la más anciana y más allegada á Matamoros, es la que conserva los mayores datos y tradiciones de familia, y por herencia conserva también varios objetos que pertenecieron á Matamoros y á su hija Da. Benita, pero costó un verdadero triunfo hacerla hablar: á todo contestaba «no me acuerdo,» y por último, dijo que nada diría porque eran secretos de familia que había ofrecido guardar, y sólo tras de muchas instancias y con la ayuda de su sobrina Josefina, pude obtener que me comunicara algunos datos, los que paulatinamente fué ampliando en los días subsecuentes, hasta que al fin terminaron por completo sus reservas y no tuvo ya inconveniente en comunicarme todo cuanto ella sabía relativo á la familia Matamoros, y terminó por enseñarnos las reliquias de Matamoros y de su hija Benita, que ella conservaba como sagrados recuerdos de familia, entre las que figuran una Divina Infanta, que ella tiene en la cabecera de su cama y dice que quiere conservar-la hasta su muerte, y un Niño Dios que es el que utilizaba Matamoros en las posadas que hacía anualmente; esta imagen se encuentra hoy en la parroquia de San Pablo, adonde la regaló Da. Dolores, hermana mayor de Da. Ángela, que era quien conservaba todas esas reliquias de familia, las que á su muerte quedaron en poder de su hermana Ángela, quien á mis instancias, las vendió al Museo Nacional, en donde

hoy se encuentran, excepto las dos imágenes de que he hecho referencia.

Como era natural, deseando que esta biografía fuese lo más completa posible, no quedé del todo satisfecho con los datos que hasta allí había adquirido y con los que me proporcionaron los supervivientes de la familia Matamoros, sino que seguí mis investigaciones en los archivos, y mis trabajos no fueron del todo inútiles, puesto que en el Archivo General de la Nación me encontré un autógrafo de Matamoros, que es el primero y único hasta hoy que se ha conocido de este caudillo, y el cual publico aquí en el lugar que le corresponde; además me encontré copias de importantes cartas de Matamoros y otros varios documentos, entre los cuales los hay que aclaran algunos hechos históricos y otros que evidencian los errores en que han incurrido algunos historiadores en lo muy poco que hablan de Matamoros.

En el archivo del Arzobispado me encontré los datos completos de la carrera eclesiástica de Matamoros, desde las primeras licencias que se le concedieron para celebrar, al recibir las sagradas órdenes, y la noticia de las parroquias que sirvió, como vicario y como cura, hasta la de Jantetelco, de donde se lanzó á la revolución.

En el archivo del extinguido Convento de San Francisco, el que, en parte, existe hoy en la Biblioteca del Museo Nacional, en la carpeta R. me encontré el informe que rindieron en 5 de Febrero de 1773, los R. R. P. P. Fr. Francisco Villerías, vicario del Convento de religiosas de San Juan de la Penitencia y Fr. Pedro Priego, predicador y morador de la Recolectión de San Cosme de la ciudad de México, y que fueron comisionados para investigar las cosas notables que hubiere en el archivo del Convento grande de San Francisco, y en ese curioso informe me encontré dos asientos, por los que se ve claramente que los antepasados de Matamoros fueron también originarios de la ciudad de México y que eran poseedores de algunos bienes de fortuna, según lo que se lee en los asientos referidos; el primero de ellos, que se encuentra en el folio 4 del informe, dice textualmente: «D. Nicolás Matamoros dexo mil pesos en «un sitio ó Chinampa para vna fiesta á S. S. Miguel, no produce lo que debiera por lo que ya no alcanza para sermón, deberá reducirse solamente á la misa cantada por ser mui poco lo que produce la Chinampa.»

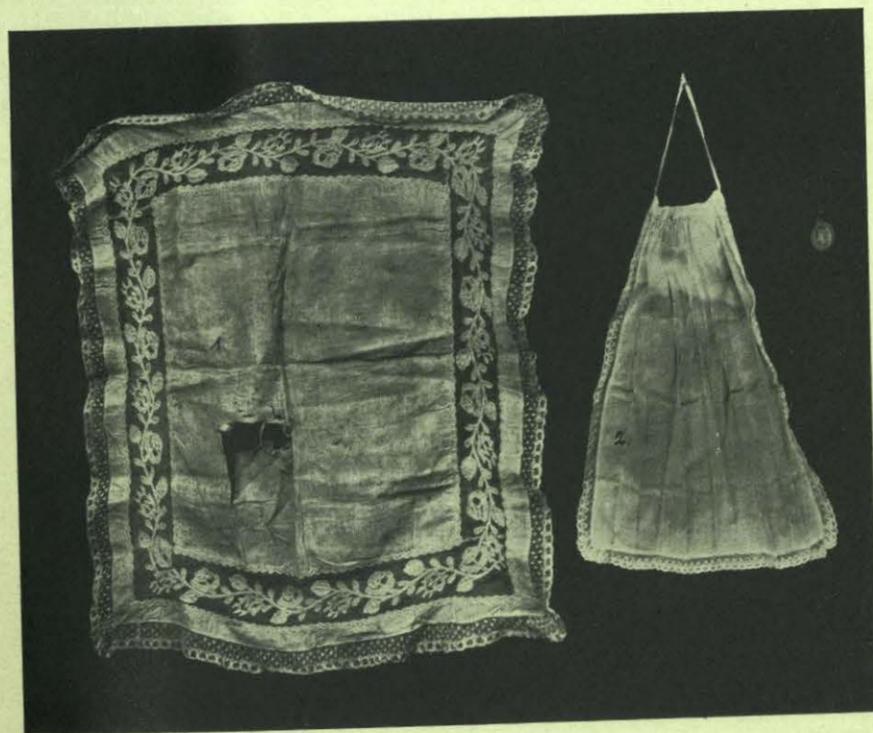
Y el segundo de estos asientos se encuentra en el folio 2, vuelta, del «Resumen de las obras pías,» anexo al mismo informe, y á la letra dice: «D.<sup>a</sup> Francisca Díaz y Matamoros y su marido instituyeron 212 misas «las 52 cantadas, y las 160 rezadas, con el capital de 20,000 ps. sobre «un ingenio de azúcar en Xalapa ó su jurisdiccion.»

«Se perdió esto enteramente, y quedó el convento declarado por absuelto por N. P. Soto, bajo la compensacion que se dice en la tablilla «del Choro.»

En el archivo del Ministerio de Guerra y Marina, existe un voluminoso expediente relativo á los servicios que prestó á la causa de la In-



Objetos que pertenecieron á Matamoros.  
La camisa es de niño, de cambray de lino, adornada con randas, y es tradición de familia que esta camisa fué la que le pusieron á Matamoros para bautizarlo.



Objetos que pertenecieron á Matamoros.  
La mascada es de cambray de seda, adornada con randas, deshilados y bordados de seda, todo blanco.

dependencia el Teniente Coronel, graduado de Coronel, D. Mariano Matamoros, de quien la historia no habla una sola palabra, y de quien por tratarse de un homónimo y tal vez pariente del caudillo insurgente, consignaré aquí, aunque sólo sea á grandes rasgos y á título de curiosidad, los más culminantes datos que nos proporciona, sobre su carrera militar, el expediente á que me refiero.

A principios de Enero de 1809 sentó plaza como soldado raso en el regimiento de Dragones del Comercio, provinciales de Puebla, en el que sirvió hasta 1812, en que se fué á presentar al señor Matamoros en Izúcar, quien lo nombró alférez y lo destinó al regimiento de San Pedro, en donde sirvió hasta la derrota de Puruarán, en la que, desbaratado su regimiento, se reunió á Morelos, quien lo destinó con el empleo de capitán al regimiento de la Libertad, que mandaba Rosains.

En el ejército trigarante sirvió como ayudante del General D. Nicolás Bravo, y después de consumada la Independencia, sirvió sucesivamente en los regimientos de Dragones núm. 8, San Fernando y Granaderos á Caballo, habiendo ascendido durante ese tiempo hasta Teniente Coronel efectivo y Coronel graduado, y habiendo pedido su retiro, se le concedió, pero se le confirió una comisión en Oaxaca, en donde, á consecuencia de una diarrea, falleció el 28 de Abril de 1849, después de haber prestado sus servicios 47 años, 11 meses, 27 días, dejando viuda y con cinco hijos pequeños á María Trinidad García.

He consultado también dos importantes documentos: uno de ellos es la «*Historia del Sitio de Cuautla*,» escrita por el capitán D. Felipe Venancio Montero, quien fué testigo presencial de los hechos, pues militó á las órdenes de Morelos, lo acompañó en toda la campaña y fungía como su escribiente cuando Morelos fué hecho prisionero en la desgraciada acción de Texmalaca.

Dice Morelos en su declaración, contestando á la vigésima primera pregunta: que Montero, que fué su último escribiente, fué pasado por las armas después de su prisión en Texmalaca; <sup>1</sup> pero lo dijo probablemente por algún falso informe que tuvo, pues Montero vivió muchos años aún, se radicó en Cuautla, en donde desempeñó el importante puesto de alcalde y murió en aquella población, en la que existe su sepulcro, y en ella radican sus descendientes, que son de los más distinguidos vecinos de aquella histórica ciudad.

Ese interesante manuscrito, cuyo original me enseñó en Cuautla

<sup>1</sup> Que Joaquín Salinas, su primer Secretario, murió en Tixtla; Félix Ortiz que lo acompañaba ahora con el cargo de Contador, fué el segundo. El Lic. Sotero Castañeda, que también lo acompañaba con el título de Vocal, fué el tercero. Que Juan Nepomuceno Rosains, que según ha oído decir ya está indultado en esta ciudad, fué el cuarto, y que últimamente ya no tenía Secretario, pero sí escribiente. Estos fueron, un tal Samaniego, que está con Serrano; Juan Nepomuceno Marroquín, que se quedó en la Junta Subalterna de la provincia de Valladolid, y Felipe Montero, que fué pasado por las armas después de su prisión en Texmalaca.—Hernández Dávalos, Documentos. Tomo VI, pág. 35.

D. Lucio Montero, permaneció inédito muchos años, y á esto se debe el que hayan sido muy excepcionales los historiadores que lo hayan consultado, pues sólo fué hasta últimamente cuando lo publicó el Dr. D. Antonio Peñafiel en las páginas 170 y siguientes del tomo correspondiente al Estado de Morelos, de sus «*Ciudades Coloniales.*»

El otro documento á que me refiero, y que es aún mucho más desconocido que el anterior, es una comedia que escribieron los caracterizados vecinos de Jantetelco, D. Carmen Tajonar, D. José Catarino Escarán, D. Primo Musitu y D. Zenón Montenegro, quienes la intitularon: «*COMEDIA HISTÓRICA DEL BENEMÉRITO MATAMOROS, CURA PÁRROCO DE JANTETELCO,*» y en ella consignan las tradiciones que se conservan en aquella población, de los hechos históricos que allí tuvieron lugar el 13 de Diciembre de 1811, en que Matamoros abandonó su curato para ir á presentársele á Morelos en Izúcar, así como las que se verificaron en los días subsecuentes á su salida y las que tuvieron lugar cuando regresó á Jantetelco á levantar gente, cuyas tradiciones son las que forman la trama del argumento de la referida comedia.

Debido á la amabilidad del señor cura actual de Jantetelco, Presbítero D. Valeriano García Martín, y á la de algunos otros amigos, he logrado obtener copias de las constancias y documentos relativos á Matamoros, que existen en los libros de la parroquia y en los archivos de esta población, y cometería una falta inperdonable si no aprovechara esta oportunidad para hacer presente mi gratitud, tanto al Sr. Cura García Martín, como á las demás personas que tan bondadosamente me han ministrado tan importantes como valiosos datos.

Por último, teniendo noticias de que en el archivo del Arzobispado de Morelia se encontraba la causa original que se formó á Matamoros por la jurisdicción eclesiástica, hice un viaje á aquella ciudad con el fin de obtener una copia de ese importante documento, que hasta hoy ha permanecido inédito y aun se consideraba perdido; la que pude obtener debido á la proverbial caballerosidad del ilustrado prelado que felizmente gobierna aquella arquidiócesis, Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz, á quien viviré siempre reconocido por las inmerecidas atenciones que me dispensó y por la franca y buena voluntad con que dió sus órdenes para que pudiera yo buscar y copiar los documentos que quisiera, tanto en el archivo del Arzobispado como en los demás archivos eclesiásticos de la ciudad, y aprovechándome de tan amplio permiso, busqué la partida de defunción de Matamoros en el archivo del Sagrario, y no la encontré, no obstante que los libros se encuentran completos y bien conservados, lo que prueba que sepultaron el cadáver sin haber asentado la partida. Con la esperanza de encontrar algunos datos sobre este asunto en el archivo de los hermanos del Tercer Orden de San Francisco, fuí en busca de ese archivo y me encontré con que no existe ni un solo libro anterior al año de 1857: todos se perdieron; pero en cambio, en el archivo de San Agustín encontré un asiento relativo á Matamoros, el



Niño Dios que perteneció á Matamoros.

que copiaré en su oportunidad, y en el archivo del Ayuntamiento encontré también algo que se relaciona con Matamoros. Investigando entre particulares, conseguí una relación del teniente de granaderos D. Manuel Montaña, que fué testigo presencial de la ejecución de Matamoros y de la exhumación de sus restos el año de 1823, que los trajeron á la catedral de México. Esa relación es muy interesante por las noticias muy pormenorizadas que contiene de la muerte de Matamoros.

Sólo me apena no haber podido encontrar la partida de bautismo de Matamoros, á pesar de haberla buscado con todo empeño.

En el archivo de la parroquia del Sagrario de México, sólo pude encontrar las partidas de bautismo de Da. Benita, hija de Matamoros, y la de Da. Luz Aranda y Matamoros, hija de Da. Benita; pero no encontré las partidas de matrimonio de estas señoras, porque faltan en el archivo los libros de matrimonios correspondientes á los años en que éstos deben haberse verificado.

En el archivo de la parroquia de San Pablo, faltan los libros de bautismos del año de 1770 al de 1774, que son precisamente los de los años en que debería encontrarse la partida de bautismo de Matamoros.

En la parroquia de la Palma sólo existen libros desde fines de 1772; los anteriores á esta fecha, según una razón que existe en uno de los libros, «*se mandaron á la parroquia del Sagrario por temor de que se perdieran con motivo de la revolución;*» pero en el Sagrario no existen tales libros, ni tampoco en la Secretaría de la Mitra.

El archivo de la parroquia de Santa Ana está inservible é incapaz de poderse registrar: todos los libros antiguos están podridos y borrados con la humedad, y muchos de ellos tienen las hojas unidas y con sólo tocarlas se desmoronan; me dijo el señor cura actual que cuando él recibió la parroquia encontró esos libros tirados dentro del agua, de donde él los sacó.

En la parroquia de Santa Catarina no existe la partida de bautismo de Matamoros ni tampoco pude encontrarla en las parroquias de la Soledad, San Miguel, la Santa Veracruz, ni Santa María la Redonda: en esta última y en la Soledad faltan los libros correspondientes á los años en que debería encontrarse la partida.

Todavía después de esta infructuosa labor, en la que emplé varios meses, no perdí la esperanza de encontrar la partida que buscaba, la que forzosamente tenía que encontrarse en el expediente de órdenes, y fuí á buscarla en los archivos; pero desgraciadamente sólo encontré una nueva decepción, pues tanto el archivo del Arzobispado como el del Seminario, están truncos: todos los libros y expedientes antiguos se perdieron con motivo del cambio de locales, cuando se verificó la expropiación de bienes eclesiásticos, y hoy se conservan solamente unos cuantos libros antiguos; pero en ninguno de ellos está el expediente de órdenes de Matamoros.

Me quedaba como último recurso el expediente que se formaba para

probar la legitimidad y limpieza de sangre de todo aquel que pretendía ingresar como alumno á algún colegio, y sin cuyo requisito no eran admitidos, y como ese expediente, en caso de existir, debería encontrarse en el archivo del extinguido colegio de Santa Cruz, el cual, con los demás archivos que fueron de los franciscanos, aunque no completos, se encuentran hoy en la Biblioteca del Museo Nacional; fuí en su busca y allí fueron mis apuros: ese archivo, por mil títulos interesantísimo, que consta de 289 tomos con pasta holandesa, es un verdadero *mare magnum*; el bibliotecario que mandó empastarlos en tan descomunal desorden, merece un premio por su laboriosidad: todos esos volúmenes tienen impresa en el lomo esta única inscripción: «ASUNTOS DE COLEGIOS Y CONVENTOS,» y un número de orden; pero ni tienen el año á que pertenecen los documentos que contienen, ni tampoco tienen índice, de lo que resulta que para buscar algo en ese interesante archivo, hay la necesidad de registrar libro por libro y hoja por hoja, y viene todavía á aumentar las dificultades el hecho de que ni en la numeración de los tomos, ni en la colocación de los documentos se siguió el orden cronológico, sino que todo se hizo á la ligera, sin seguir orden ni método alguno. Por fortuna el señor Lic. Robelo, actual Director del Museo, ya se dió cuenta del desbarajuste en que se encuentra ese importante archivo y ha dado sus órdenes para que se remedie ese mal, y dada la competencia y laboriosidad del actual Bibliotecario, D. Vicente A. Galicia, ese mal se remediará, aunque no tan pronto como sería de desearse, pues ese trabajo, por su misma naturaleza, tiene necesariamente que ser muy dilatado.

Sin embargo de todas esas dificultades, he registrado 178 tomos de ese archivo, además de otros 21 que afortunadamente se escaparon de haber sido empastados á la moderna y permanecen aún con sus forros de badana y pergamino, pero en ellos tienen escrito el año á que pertenecen y el asunto de que tratan, y en ninguno encontré el expediente de limpieza de sangre de Matamoros, aunque encontré los de varios coristas del convento de San Francisco, por lo que he perdido ya la última esperanza que me quedaba de haber podido encontrar la partida de bautismo de Matamoros; pero me consuela al menos que esto no ha sido por falta de diligencia para buscarla, sino porque es un hecho que ella se perdió con el libro que la contenía, el cual se extravió con los otros muchos que faltan en los archivos, y que no parece sino que la fatalidad se empeñó deliberadamente en que éstos fueran precisamente los correspondientes á los años en que la partida debería haberse encontrado.

Los documentos y tradiciones que dejó mencionados, los que no con pocos trabajos he podido coleccionar, son los que servirán de base á este humilde trabajo, y si él resulta deficiente, no será por cierto por falta de material, sino más bien á que, debido á mi insuficiencia é incapacidad, no sepa yo utilizarlo debidamente.



Sobrepeñiz que perteneció á Matamoros.  
Tiene sus iniciales bordadas de hilo blanco.



Divina Infántita que perteneció á Matamoros